

La claridad y brevedad de las definiciones y explicaciones, la gran abundancia de ejemplos, la inserción de bastantes y acertados cuadros sinópticos — todo ello con una impresión agradable a la vista — hacen que este libro sea un manual muy útil, de fácil manejo y, por tanto, indispensable para cualquiera que desde la lengua española desee descubrir la esencia de la francesa y enseñársela a otros miembros del mundo hispano.

Julia SEVILLA MUÑOZ.

MANERO SOROLLA, M.<sup>a</sup> PILAR, *Introducción al estudio del petrarquismo en España*, Barcelona, P.U.P., 1978, col. Estudios de Literatura y Comparada.

*Introducción al estudio del petrarquismo en España*, de M.<sup>a</sup> P. Manero Sorolla, es presentado dentro de la colección de literatura española y comparada; por lo que se planteará más adelante en esta reseña, téngase presente la configuración de este estudio bajo la perspectiva comparatista, así como la configuración histórico-estética del asunto tratado.

El contenido del libro queda dividido en tres partes, claramente diferenciadas, una primera parte —*Preliminares*— constituida en tres apartados: uno primero, *Hacia una definición del petrarquismo*, donde después de definir el petrarquismo como «imitación de la obra de Petrarca» (pág. 5) y, centrándose en el siglo xvi, «imitación del *canzoniere* petrarquesco» (pág. 6), comulga con J. G. Fucilla en que el petrarquismo es «imitación directa e indirecta de Petrarca, sus temas, su ideología, sus procedimientos estéticos (...)» (pág. 8), para concluir: «El petrarquismo se nos presenta, pues, como la imitación directa o indirecta, consciente o inconsciente —porque, como veremos, no siempre ha de mediar en los integrantes del movimiento la conciencia de la imitatio-aemulatio— de Petrarca, en los distintos niveles que puede presentar el lenguaje poético o literario» (pág. 10).

En el segundo, *Floración del movimiento petrarquista en Italia*, la autora presenta dicho movimiento, ante todo en los siglos XIV-XVIII, pero especialmente en el siglo xvi, considerándolo no como fenómeno poético italiano, sino como corriente poética europea. A la vez da indicaciones sobre la «empresa textual» que, se lleva a cabo, acompañada de la labor de los comentaristas que lo coadyugan al elevar a Petrarca al rango de poeta. Y, finalmente, *El petrarquismo fenómeno europeo*, M.<sup>a</sup> P. Manero Sorolla hace hincapié en la europeidad literaria y cultural que poseyó Petrarca y que favoreció su expresión en el renacimiento, teniendo en cuenta determinantes fundamentales, internas y externas que aunadas explican su cosmopolitismo cultural; por un lado, la encrucijada político-religiosa, así como cultural avinonense, de este modo la autora pasa a dar un repaso del influjo de Petrarca en Cataluña; por otro, la poesía de Petrarca en lengua vulgar.

Rápidamente da unas pinceladas de lo que fue el petrarquismo portugués, influjo que viene de textos originales, italianos o españoles, frente a la traducción. La introducción oficial en la literatura portuguesa corresponde a Francisco Sá de Miranda, y en la segunda mitad del quinientos destaca a Camões, donde no sólo hay influencia petrarquista, también hay una tradición. Al hablar de petrarquismo francés hace referencia al influjo de éste en la literatura inglesa y alemana. Indica también que se podría hablar de un movimiento petrarquista escocés, holandés, polaco, dalmata, húngaro, checho, chipriota, ruso o rumano.

Esa primera parte sirve de marco para el que es objetivo del estudio, la segunda — *El petrarquismo español* —, en la cual M.<sup>a</sup> P. Manero Sorolla recoge varias partes y que nosotros reagruparemos en bloques para la reconsideración crítica de su contenido.

La influencia de Petrarca en Castilla viene apuntada teniendo en cuenta la influencia de éste en Cataluña, pues ambos poseen puntos de difusión parejos y aparecieron en Castilla más tardiamente. Aunque se suele hablar de relaciones hispano-italianas, la mayoría de las veces se limita a los posibles casos de difusión de Petrarca en Castilla, siglo XIV, donde se nos

presenta un Petrarca latino, siglo XV, Petrarca vulgar, y total difusión y plenitud en el siglo XVI.

Las coordinadas político-religiosas, comerciales y culturales sirven de base para el estudio del petrarquismo en España; así, pues, al presentar la influencia de Petrarca en Castilla, siglo XIV, que no se registra de forma clara y precisa, apunta: «Es evidente que los contactos que preparan la cristalización de la historia de nuestra literatura arrancan de mucho antes y que, naturalmente, pueden obedecer a distintos factores y causas: político-religiosas, comerciales y culturales» (pág. 52). Esta influencia (s. XIV), que no se registra de manera clara en Castilla frente a Cataluña, lleva a M.<sup>a</sup> P. Manero Sorolla a apuntar las semejanzas con la obra de Petrarca que pueden encontrarse en los escritos de López de Ayala (1332-1407), pero, eso sí, planteando la cuestión de si, en efecto, se trata de una verdadera influencia o de una simple coincidencia, pregunta que lleva a la autora a destacar a Aviñón como «punto de contacto y de posterior transmisión» (pág. 59). Busca las huellas del Petrarca latino en la literatura medieval a partir de la obra de Rojas *La Celestina*. Da un repaso a todos los que conocieron la obra de Petrarca y finaliza: «No creemos que las interrelaciones (señaladas anteriormente) ni el recuerdo de Petrarca latino se agoten en España con la paulatina disolución del Erasmismo como movimiento» (pág. 65).

En el siglo XV se introduce la influencia del Petrarca vulgar en la literatura española. Se citan los distintos autores que han escrito sobre dicha influencia, aunque las opiniones no coinciden. Véase como ejemplo Sanvisentí y R. Lapesa.

Se va a hacer referencia a Mena y sus concomitancias con el *Canzoniere* de Petrarca (pág. 69), a Jorge Manrique, donde se ven afinidades (pág. 70) para terminar con Santillana, máximo reflejo de la presencia del Petrarca vulgar en la literatura española anterior a Boscán, donde se habla de influencias en cuanto contenidos y formas y otras veces se ve una tradición con respecto a lo provenzal (R. Lapesa). Siempre se está apuntando a la incidencia de ciertos rasgos del petrarquismo con lo del fondo trovadoresco común a Petrarca y a muchos de los poetas del siglo XV.

El triunfo y difusión de Petrarca en el siglo XVI viene de la mano de Juan Boscán. «El poeta barcelonés nos brinda sintéticamente la posibilidad de contenidos culturales que el endecasílabo canaliza: la tradición grecolatina, la trovadoresca, la italiana stilnovística y la propiamente petrarquista» (pág. 76). Esa mezcla de tradiciones en realidad va a darse en todos los géneros, como nota característica del período comprendido entre 1540-1570. M.<sup>a</sup> P. Manero Sorolla apunta sobre el hecho de que «nuestros petrarquistas» (pág. 83) no son indiferentes a la encrucijada de esas directrices culturales.

La carta a la duquesa de Soma va a ser el primer inicio de un antipetrarquismo existente en España. Este no se presenta como reacción al florecimiento del petrarquismo, sino como fenómeno paralelo a éste. La característica del antipetrarquismo español será una «cuestión de métrica» (pág. 147).

Se ha considerado señalar en un segundo bloque el quehacer de Petrarca desde el ámbito literario y, más concretamente, retórico lingüístico; el principio de imitación, junto con el «ideale di vita», inclinación natural de imitadores y comentaristas, y la espiritualización, fenómeno común a muchos movimientos y formas literarias.

Al hablar de formulación teórica del principio de imitación poética que se hace en el Quinientos surgen debates y controversias por las distintas posibilidades de opción: imitación de un solo modelo (monistas), de dos modelos (dualistas) y de varios (eclecticos). Petrarca no se decanta por la imitación de un autor único. Al hacer referencia a España resulta obvio «que la inspiración, influjo y manifestaciones líricas petrarquistas de los poetas españoles renacentistas —y aun los barrocos— se llevó a cabo por contacto directo a través de la lectura de sus obras y, en muchos versos, a través del conocimiento personal de los autores italianos, sin mediar —porque no las hubo en España hasta 1580— poéticas o preceptivas italianizantes» (pág. 111). Ante la imitación sumisa va a reaccionar Herrera pidiendo un cambio acorde con los tiempos y ensanchar los horizontes, sobre todo temáticos. Al hablar de platonismo y la reforma llevada a cabo por Pietro Bembo, señalará la importancia de los distintos tratados

que han sido apareciendo e igualmente en España. Señalará la espiritualización del *Canzoniere* de Petrarca que lleva un proceso de divinización y su correspondencia en la literatura española.

Para concluir, en un tercer bloque, la autora habla de generaciones poéticas, apuntando al estudio de A. Zamora Vicente (1945) sobre el petrarquismo, donde el concepto viene marcado por la historia de España y más concretamente por la política imperial (1539-1558) y el reinado de Felipe II (1558-1598). J. G. Fucilla presenta un estudio que además de tratar el punto de vista cronológico considera también las fuentes. A. Blecua hace una clasificación del influjo petrarquista por decenios.

Como pinto final, la autora recoge las traducciones castellanas en España que se dan muy tardíamente y lo atribuye al escaso conocimiento de la lengua y su familiaridad. Este último punto podría enlazarse con una tercera división del libro, en donde se recoge la bibliografía oportuna, dividiendo éste en tres apartados en los cuales aparece la bibliografía sobre Petrarca, petrarquismo italiano y español.

El estudio de M.<sup>a</sup> P. Manero Sorolla muestra al lector un panorama general de lo que fue el petrarquismo en España, panorama que, siguiendo el título de su libro, es una introducción documentada, donde aparecen los elementos previos del petrarquismo para introducirse en la historia de la literatura española junto con su bibliografía correspondiente. Su estudio es de base positivista. No aporta ningún tipo de crítica que, en su revisión autocrítica, la literatura comparada ha atendido como urgente, sino que se acerca a la historia del movimiento petrarquista (primera parte) y su repercusión en España (segunda parte), sin establecer siquiera una combinación binaria entre dos naciones con respecto a un mismo movimiento, es decir, sin establecer ningún tipo de matiz que indique las aportaciones concretas y no sólo documentales que surgen en España —recordemos a Ausias March en Cataluña por ejemplo—, sino que presenta un eje —el petrarquismo y concretamente Petrarca— y su irradiación en España de cara a contemplar la historia de la literatura española.

Su terminología revela un método comparatista —diacronista—, en este caso tal vez se pueda hablar de combinación binaria cuando hace referencia a influencias, temas, motivos, viajes, imitación, intermediarios, incluso retrospectión (tiempo) hacia la tradición que cristalizará el influjo del petrarquismo en España. Recordemos la cita, antes apuntada por M.<sup>a</sup> P. Manero Sorolla: «Nuestros petrarquistas se inscriben literariamente en la encrucijada de estas directrices culturales a los que, lógicamente, no son indiferentes...» (pág. 83).

Las notas a pie de página con motivo de las enumeraciones que hace a lo largo del texto son tantas que podrían sacarse del texto y formar otro texto igualmente documentado; a veces, da la impresión de estar leyendo un repertorio bibliográfico (ej. págs. 80-101). Esto indica que al hablar de petrarquismo en España todo queda reducido a introducir datos en un saco sin fondo desde el cual nunca se matiza, sino que tan sólo se añaden más datos. La consideración crítica sobre ellos no existe.

Se pasa revista al fenómeno del petrarquismo poniendo los ojos en la España de los siglos XIV-XV y XVI concretamente, pero atendiendo al paso de éste por la península, sin reparar en el perfil de los distintos autores influenciados en España, tan sólo como labor documentativa. De esta manera pasa por alto, porque tan sólo *nombra*, a autores como Sá de Miranda, Ausias March, López de Ayala, Mena, Santillana, Cetina, Mendoza, Aldana, Camões, Boscán, Garcilaso, etc., así como a sus comentaristas. El dato es el elemento importante en el libro, utilizado como recurso para hablar del petrarquismo en España. Bajo un estudio comparatista hay que ver la significación no sólo histórica, sino también estética. M.<sup>a</sup> P. Manero Sorolla en ningún momento recoge este último aspecto, aunque algo se apunte en el segundo bloque, pero no para establecer comparación.

La literatura comparada requiere flexibilidad, por un lado, y así acceder a las nociones de intertextualidad e interliterariedad literaria. Revisando lo anteriormente expuesto: ¿no es preferible introducir, explicar el petrarquismo en España mediante el contraste y no mediante los conceptos antiguos de fuente e influencia? Si reflexionamos ante dicha pregunta y

contemplamos el texto M.<sup>a</sup> P. Manero Sorolla, cuya base es positivista: ¿no estamos cayendo en lo mismo que cae la autora, pero con distinta base? Efectivamente, el estudio comparatista tiene que ir más allá del contraste o influencia, en una palabra, la literatura comparada tendría que actuar con más flexibilidad y no encerrarse en cuanto a método se refiere.

El problema de la literatura comparada desde siempre ha sido un problema metodológico y no ontológico. Las dos tendencias, diacronista (histórica) y sincronista (teórica), han luchado por mantener un método, aunque tal vez siempre ha latido una posibilidad que no se atreven o no sabían descifrar.

Como anteriormente se dijo en el comparatismo, cabe una significación histórica y estética. Así como, por ejemplo, la significación histórica puede encontrar un camino hacia la intertextualidad, y recordemos a Ausias March, que dentro de la tradición trovadoresca puede estar rompiendo el eslabón y avanzando. Esa hipótesis es lo que interesa, ya no la mera documentación de su existencia. Por otro lado, la significación estética puede encontrar un camino hacia la literariedad e interliteriedad, de esta manera y a través del contraste y, por lo tanto, sacando estos dos caminos tomados de lo que se llama diacronismo y sincronismo, el juego consistiría en descubrir los matices, en las aportaciones, aunque se dé un mismo eje (en este caso el petrarquismo).

En un caso se trataría de regular la progresión del discurso de idea a idea (diacronismo-retórica), y en el segundo caso la progresión de la obra de imagen a imagen (sincronismo-poética). Ambas utilizadas (idea-imagen) flexiblemente dentro de la literatura comparada. Consideramos que esto es de lo que carece el estudio aquí presentado. Más todavía cuando, tanto por el asunto tratado como por el espacio y cronología demarcados —España, la Península en realidad, y los siglos XIV-XVI—, M.<sup>a</sup> P. Manero Sorolla contaba con una posibilidad supracultural a la que objetivamente no atiende. Su aportación, como todo estudio diacrónico-positivista, sigue siendo un punto de partida.

Aurora CENTELLAS RODRIGO.

MARCHESE, A., y JOAQUÍN FORRADELLAS, *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*, Barcelona, Ariel, 1986, 445 págs.

El *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria* es una adaptación de la obra de Angelo Marchese *Dizionario di retórica e di stilistica*, que apareció en Milán en 1978.

Joaquín Forradellas, coautor de esta edición española, expone en el *prólogo* las variantes de su obra respecto de la italiana: en primer lugar, dice que ha sustituido los ejemplos de autores italianos por ejemplos de autores hispánicos, excepto los procedentes de Dante, Petrarca, Boccaccio y Ariosto, «porque pensamos que forman parte de nuestra cultura» (pág. 7); en segundo lugar, confiesa haber retocado algunos artículos para añadir datos de publicaciones posteriores a la obra original; menciona la *Semiótica* de Greimas y Courtés y los *Principios de análisis del texto literario* de Segre. Finalmente, dice haber omitido términos italianos que no están en nuestra tradición y haber introducido otros nuevos inexistentes en la literatura italiana.

Una primera objeción a la obra es que, a pesar del título, lo que encontramos mayoritariamente son términos lingüísticos, a la vez que reciben mayor amplitud temática en el desarrollo de sus artículos, así como mayor precisión en sus definiciones. Ante voces como «estructuralismo», «formalismo» o «lingüística», encontramos voces pertenecientes al ámbito literario como «exemplum» o «refrán» que reciben un desarrollo mínimo y poco interesante en sus artículos. Así, en el artículo de la palabra «estructuralismo» parte de una aproximación al concepto que da Starobinski en *La relación crítica* (Madrid, Taurus, 1974), pero no se